

Tocante á los sacramentos no desconocemos que al administrarlos aplicamos á las almas los méritos de la pasión y muerte de Jesucristo. ¿Puede haber cosa más santa? Ahora bien, nadie ignora que *qui sancti non sunt, sancta tractare non debent*.

Concretándonos al solo sacramento de la Penitencia, aun cuando poseyéramos una castidad á toda prueba, una paciencia invencible, una prudencia consumada, una caridad perfecta..... hemos de confesar que todo esto será siempre poco para aquél que está encargado de tan excelso ministerio.

Concluyamos pues, con San Próspero: *Dici non potest quam sancti esse debent sacerdotes, cum ipsi sint qui, velut novi Aarones, incensum precum Deo offerant, illius majestatem placent, justiciæ rigorem impediunt, iram et furorem illius avertant. Cum ipsi per Dei gratiam fiant divinæ voluntatis iudices, Ecclesiarum Christi post apostolos fundatores, fidelis populi ductores, veritatis assertores et defensores, falsorum dogmatum inimici, hæresum flagella, baptizatorum patres, rerum caelestium præcones.....*

Pensad al acercaros al altar que vais á ejecutar la acción más santa del sacerdocio, y por la cual podéis recibir el más eficaz auxilio que vuestra debilidad pueda necesitar, porque bajará á vuestras manos el tesoro de todas las gracias y de todas las misericordias. Por esto, en vuestra preparación y acción de gracias repetid con confianza y fervor la plegaria de San Agustín: *Da, Domine, quod jubes, et jube quod vis*: y ésta de la Iglesia: *Præsta, ut ad exequendum injuncti officii ministerium, me tua gratia dignum efficiat* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Funciones del sacerdocio que se dirigen directamente á la honra de Dios.* El oficio Divino, las ceremonias del culto, el sacrificio de los altares..... ¿Apreciamos

(1) *Secreta inter orat. ad divers.*

bastante estos oficios celestiales?.... Convendría, á ser posible, desempeñarlos con un fervor angelical, con los afectos y el Corazón mismo de Jesucristo. Cuando los cumple el sacerdote es, digámoslo así, el Hijo de Dios resucitado que honra á su Padre sirviéndose de los órganos de un hombre mortal: hace sobre la tierra lo que Jesús en los Cielos. ¡Qué inocencia y qué caridad serán necesarias para desempeñar funciones tan augustas! ¡Ah! Ellas suponen la unión más íntima entre nosotros y el Salvador.

PUNTO SEGUNDO.—*Funciones del sacerdocio que se refieren directamente á la salud del prójimo.* Se reducen al doble oficio de mediador y de pastor. Como mediador, *medius stat sacerdos inter Deum et naturam humanam*: ¿qué haré, pues, una vez colocado en sitio tan eminente? *Illinc venientia beneficia ad nos deferens, et nostras petitiones illuc referens.* Mediación sublime por su objeto, siendo así que por ella se reconcilia el Cielo con la tierra. Inmensa por su extensión, puesto que comprende todas las necesidades de todos los hombres: omnipotente por su eficacia, ya que el Señor nada puede rehusar cuando se le pide por los méritos de su Hijo. ¡Cuánta debe ser la santidad de este amigo de Dios que está llamado á tratar con Él la salvación del mundo entero! Como pastor, el sacerdote debe alimentar las almas con el pan de la palabra y robustecerlas con los sacramentos; pero para ambas cosas se requiere que esté lleno del espíritu de Dios y sea dócil á sus inspiraciones.

MEDITACIÓN XII

El sacerdocio exige una pureza eminente

- I. Idea verdadera de la perfecta pureza.
- II. Motivos que obligan al sacerdote á alcanzarla.

El que tan á menudo y tan íntimamente comunica con el Santo de los Santos, ha de resplandecer por su pureza: *O quam mundæ debent esse manus illæ, quam purum os, quam sanctum corpus, quam immaculatum cor erit sacerdotis, ad quem toties ingreditur auctor puritatis!* (1).

(1) *Imit.*, l. IV, c. 11.

Más adelante meditaremos sobre la castidad del sacerdote: aquí trataremos tan sólo de la pureza de que debe ir revestida su alma, pues es este uno de los principales caracteres, que debe tener su santidad.

PUNTO I

Absoluta y perfecta pureza de alma

Dícese ésta pura á medida que lo son sus facultades esenciales, á saber: el espíritu y el corazón.

1.º *Pureza de espíritu.*—Será imperfecta si me doy por satisfecho con no admitir en mis pensamientos nada que sea malo: será perfecta si, obrando con más generosidad, no descanso hasta obtener que todo en ellos sea completamente bueno.

Por lo tanto, desde el mismo instante en que yo amo á Dios y pienso que está en todo lugar como escrutador y testigo de mis pensamientos, desde entonces me esfuerzo para alejar de mi espíritu todo lo que puede ser contrario á su infinita santidad. Lejos pues, de permitir que alguna idea ó imaginación culpable se pare en mi alma, tomaré todas las precauciones para desechar hasta la sombra de malos juicios.... ¿Y qué menos puedo yo hacer, Dios mío, que ahorráros, apenas me perciba, tan gran disgusto, como os causa el ver morar en mi alma estas funestas producciones de una naturaleza corrompida ó, mejor dicho, del demonio, enemigo vuestro y mío? Es cierto que á veces contra mi voluntad, y sin que lo advierta penetran en mi espíritu muchos pensamientos; pero si entonces hago lo posible para desecharlos y sofocarlos, se trocarán en méritos para mi alma, porque aborrecer el mal es ya de suyo virtud.

Mi pureza de espíritu será más perfecta, procediendo del mismo modo con los pensamientos inútiles, con las palabras frívolas é irreflexivas.... ¡Oh cuánto y cuán precioso tiempo he malgastado por las divagaciones de mi espíritu y los sueños de mi imaginación! ¡Cuánto más os agradaría, Señor, si procurara alejarlos y volverme á Vos

enteramente, en cuanto mis débiles fuerzas me lo permiten! Porque al fin, Señor, aun cuando todo lo que tengo sea para Vos, y se enderezca y dirija á vuestra mayor gloria, como los radios de un círculo se dirigen á su centro, no os habré dado sino lo que es vuestro, lo que os debo: *Munda quoque cor meum ab omnibus vanis, perversis et alienis cogitationibus.*

2.º *Pureza de corazón.*—Tocante á la pureza de corazón sabido es que éste en sus apetitos no es menos desarreglado que el espíritu en sus pensamientos. Por tanto, si yo quiero ser amigo de Aquél á quien un día todo el mundo reconocerá como Rey, es menester ante todo que despegue mi corazón de toda pasión criminal, de todo amor desordenado á las criaturas, y lo conserve limpio de todo afecto que pueda disgustar á Dios (1).

Esto no basta; es menester que no sólo no me aficione á lo que puede ser contrario á la voluntad ó permisión de Dios, sino que además, todo lo que pueda ó deba amar lo ame solamente por Dios y en Dios, llegando de este modo á amar á Dios en todas las criaturas. ¿Y de qué medio me serviré, Dios mío, para desprenderme de las criaturas, ligarme á Vos y alcanzar de este modo la perfecta pureza de corazón? ¡Ah! ya lo comprendo: es preciso que me empeñe con decisión y eficacia para destruir el mal entendido amor de mí mismo llegando al punto de no escuchar ni secundar para nada mis naturales inclinaciones, ni mis propios deseos por cuanto son míos, sino que arda en el único deseo de agradaros, y de procurar vuestra mayor gloria.

PUNTO II

Qué motivos me obligan á esforzarme para alcanzar pureza tan eminente

1.º Ante todo, parece ser esta la primera cualidad que el Salvador desea adorne á sus ministros. En

(1) *Qui diligit cordis munditiam.... habebit amicum regem.* (Prov., XXII, 11).

efecto, los Apóstoles pasaron tres años con El retirados del mundo y ocupados solamente en obras santas. Merced á los auxilios de la fe (1) y á la correspondencia á sus inspiraciones, alcanzaron tal grado de pureza que su divino Maestro en la víspera de su muerte quiso testificarlo solemnemente diciéndoles: *Vos mundi estis*. Y sin embargo ¿quién creyera que á pesar de haber sido declarada su pureza por boca de la misma verdad, necesitasen ser purificados todavía más, antes de recibir la ordenación sacerdotal?

Por esto mismo el Hijo de Dios se humilla queriendo así enseñarles á humillarse, porque el orgullo es el principio de toda inmundicia: y además, para que sus almas quedasen purificadas hasta de la más ligera mancha les lava los pies declarando que de otro modo no participarían de su sacerdocio: *Si non laverit te, non habebis partem mecum* (2). ¡Qué enseñanza para los sacerdotes! ¡Grave y triste ilusión sería la del que se creyera suficientemente puro por el solo hecho de evitar las culpas graves!....

2.º Todo lo que la Sagrada Escritura y la Tradición nos enseñan al tratar de la santidad del sacerdote se refiere especialmente á la pureza de conciencia que es de dicha santidad la parte más esencial. *Sacerdotes qui accedunt ad Dominum, sanctificentur, ne percutiat eos* (3). *Sancti erunt Deo suo, et non pollutent nomen ejus* (4). *Mundamini qui fertis vasa Domini*. «El alma del sacerdote ha de ser más pura que los rayos del sol, y debe resplandecer por su inocencia como este astro luminoso. Debe brillar con tales resplandores de justicia, que si fuera llevada al Cielo, pudiese permanecer con decoro y honra en la presencia de los espíritus bienaventurados (5).

(1) *Fide purificans corda eorum*. (Act., XV, 9.)

(2) Joan., XIII, 8.

(3) Exod., XIX, 22.

(4) Lev., XXI, 6.

(5) *Solaribus radiis puriorem esse oportet animum sacerdotis. Luminis instar universum orbem illustrantis splendescere debet. Necessè est sacerdotem sic esse purum, ut in ipsis cælis collocatus, inter cælestes virtutes mediis staret*. (San Crisóstomo. *De Sacerd.*, I, VI.)

¡Oh sacerdotes, exclama San Agustín, si todo justo ha de respetar su alma, porque es trono de Dios, cuánto más vosotros habéis de respetar la vuestra y conservarla limpia de todo lo que pueda menoscabar su belleza, vosotros que sois de un modo más perfecto su trono y su templo! (1).

Este era el objeto de las encarecidas recomendaciones que nos hicieron el día de nuestra ordenación. *Estote assumpti a carnalibus desideriis, a terrenis concupiscentiis, quæ militant adversus animam; estote nitidi, mundi, puri, casti*....

3.º Además, teniendo nosotros la alta honra de producir espiritualmente en las almas y realmente sobre nuestros altares al mismo Hijo de Dios que la Virgen María dió al mundo y que el Eterno Padre engendró desde toda la eternidad ¿no os parece que vuestra pureza ha de parecerse en cierto modo á la de la Virgen Inmaculada y á la del mismo Dios? *Sola Verbo digna sede, aut in Patre divinitas, aut in Matre virginitas* (2). La celebración cotidiana del santo Sacrificio, advierte San Lorenzo Justiniano, requiere una vida más angélica que humana. *Potius angelicam, quam humanam debet conversationem habere* (3).

4.º Finalmente, si para alentarnos fueran necesarias las promesas, hé aquí una suficiente de por sí para satisfacer, no sólo á la más vasta, sino también á la más santa ambición: *Beati mundo corde: quoniam ipsi Deus videbunt* (4). Pero ¿acaso solamente en el Cielo los puros y limpios de corazón verán á Dios?.... ¡Ah no! también en este mundo se les manifiesta la soberana pureza, porque ellos con las alas de la paloma y el ojo del águila se remontan, por medio de la contemplación, hasta Dios para comprender y gustar de antemano sus celestiales encantos.

(1) *O sacerdotes, si anima cujuslibet justí sedes est Dei, multo magis sedes et templum Dei esse debetis mundum et immaculatum!* (San Agustín).

(2) San Ambrosio.

(3) Serm., de Euch.

(4) Math., V, 8.

En efecto, dedúcese claramente de las vidas de los santos que siempre fueron más regalados con dones extraordinarios de la gracia aquellos que se distinguieron por su eminente pureza. Dios se comunica, ó por decirlo así, se muestra á ellos en la oración; ni hay criatura que no les hable de Dios, ni les revele algún rasgo de su bondad, de sus grandezas, de sus perfecciones inefables. En todos los sucesos reconocen la mano de la divina Providencia, y en cierto modo ven á Jesucristo tras el velo eucarístico y bajo los andrajos del pobre.... En suma, concluiremos diciendo que una vida pura es la vida del cielo gustada de antemano en la tierra.

Venid, pues ¡oh Dios mío! y cread en mí ese corazón puro é inocente que no ame á otro sino á Vos. *Cor mundum crea in me, Deus*. Renovad en mis entrañas y haced que penetre hasta en lo más íntimo de mi sér este espíritu de rectitud para que todos mis pensamientos se dirijan á Vos, verdad suprema, ni jamás se desvíen de Vos para seguir la mentira: *spiritum rectum innova in visceribus meis*.

Alejad de mi alma todo lo que os disguste, y llenadla de todo lo que os agrada para que desde este momento no ponga obstáculo á los designios que tenéis sobre mí, y vuestro espíritu que es la santidad misma, después de haber hecho de mi alma albergue menos indigno para Vos y para vuestro soberano Padre, fije perpetuamente en ella su morada: *spiritum sanctum tuum ne auferas a me* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Concepto que debo tener de la eminente pureza necesaria á mi alma*. El alma será pura á medida que lo sean el espíritu y el corazón.

1.º Pureza de espíritu.—Será ésta imperfecta si me limito á no admitir nada pecaminoso en mis pensamientos: será perfecta cuando yo no permita que haya en ellos sino lo bueno. Tendré pues, que alejar de mi espíritu, en lo posible,

(1) Ps. L, 13.

los pensamientos inútiles. ¡Qué tiempo tan precioso me hacen perder!

2.º Pureza de corazón.—Para que sea perfecta no es bastante que yo lo aparte de todo amor desordenado á las criaturas, sino que además aquellas mismas cosas que puedo y debo amar no las ame sino por Dios, en Dios, y para Dios. No llegaré á esta perfección mientras no destruya en mi espíritu todo amor desarreglado de mí mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*¿Por qué debo yo esforzarme para alcanzar esta tan eminente pureza?* Porque sin duda parece ser esta la primera cualidad que Jesús desea tengan sus sacerdotes: *Si non laveris te, non habebis partem mecum*.

Todas las enseñanzas de la Sagrada Escritura y de la Tradición acerca de la santidad sacerdotal se refieren principalmente á la pureza de conciencia. *Mundamini qui fertis vasa Domini. Necessè est sacerdotem sic esse purum, ut ipsis calis collocatus, inter caelestes virtutes mediùs staret*. El ministerio que yo ejerzo sobre el altar exige una vida más angelical que humana. Además, esta pureza es la que tendrá por premio la vista de Dios: *Beati mundi corde quoniam ipsi Deum videbunt*.

MEDITACIÓN XIII

El sacerdote debe atender á su santificación

- I. Como negocio que atañe á su persona.
- II. Como negocio que es á la vez muy difícil y muy necesario.
- III. Como negocio de suma importancia.

PRIMER PRELUDIO.—Acerquémonos á nuestro Señor para aprender de Él la ciencia de la vida eterna: *Magister, quid faciendo vitam æternam possideo?* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Dadme, Dios mío, aquella ciencia que conduce á la santidad, y por ella, á la vida bienaventurada y eterna. *Intellectum da mihi, et vivam* (2).

(1) Luc., X, 25.

(2) Ps. CXVIII, 144.

PUNTO I

Mi santificación es negocio personal

En ella debo poner todo mi conato. ¿Y cuál es éste? ¿qué lograré ó perderé si acierto ó si me equivoco en este negocio?... Es cierto que si llego á santificarme tendré el Paraíso destinado á los buenos sacerdotes y, de lo contrario, me espera el infierno preparado para los malos. Ahora bien, un negocio de tanta importancia ¿puede emprenderse y llevarse á cabo sin ardor y eficacia y, casi diría, sin pasión?

Del mismo modo que hay un amor de suyo vicioso y prohibido, también hay otro amor justo y obligatorio. Es conveniente que el buen sacerdote se divida, quedándose parte para sí mismo y dando la otra á sus hermanos; pero procure reservar siempre para sí la mejor y más principal. En efecto, mi celo sería reprobado por Dios si no se dirigiese á mi alma como á su objeto y blanco principal. Yo, que me fatigo y consumo para salvar á las almas ¿no sería el más insensato de los hombres si descuidara la salvación de la mía? *Unusquisque onus suum portabit.... quæ seminaverit homo hæc et metet* (1). Ni he de olvidar que estoy en condiciones de perder ó de ganar mucho más que los simples fieles.

Por lo tanto, si me olvidara de mí mismo para atender á los demás faltaría á la caridad para conmigo. Y sin embargo ¿cuántos sacerdotes sucumben diariamente á esta tentación! San Pablo temía por los compañeros de su apostolado: *Attendite vobis.... Attende tibi.... Admoneo te ut resuscites gratiam Dei, quæ est in te per impositionem manuum mearum*. Temía también por sí y procuraba no perder nunca de vista su propia salvación: *Ego sic curro non quasi in incertum.... sed castigo corpus meum et in servitutem redigo: ne forte cum aliis prædicaverim ipse reprobus efficiar* (2). Y San Bernardo aconsejaba

(1) Gal., VI, 5 y 8.
(2) I Cor., IX, 26, 27.

al Papa Eugenio que se esforzara para no dar contra este escollo que él llamaba sumamente peligroso: *Quid prodest, si universos lucreris, te ipsum perdens?* (1).

Es cierto: vosotros consagrais el tiempo y los cuidados á los Griegos y Bárbaros, á los sabios é ignorantes; mas ¿nada haréis por vosotros? Sois para todos: sed también para vosotros. *Esto de te habentibus unus*. Llenarnos del espíritu de Dios para nuestra propia santificación y difundir luego ese mismo espíritu á los demás para la salvación de todos son los dos efectos que desea producir en nosotros el Espíritu Santo. Quiere entrar primero en nuestro interior para que después lo comuniquemos á los demás. Pues bien, si queréis que se os llame prudentes, no imitéis al acueducto que no reserva nada para sí del agua que recibe; imitad á un depósito de agua que no prodiga otro líquido que el que rebosa: de este modo enriqueceréis á los demás sin empobreceros á vosotros mismos. Nuestra desventura consiste, dice el santo Doctor, en que existen hoy en la Iglesia muchos acueductos y poquísimos depósitos. *Canales hodie in Ecclesia multos habemus, conchas vero perpaucas* (2). ¿He seguido tan sabios consejos?

PUNTO II

Mi santificación es asunto tan difícil como necesario

Difícil, si la considero no con respecto á la multitud y eficacia de las gracias que me han sido otorgadas, sino atendiendo á la perfección eminente que Dios exige de sus ministros y á la obligación que me impone de negarme y vencerme á mí mismo en todo y siempre: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, es secutur me* (3).

(1) Lib. I, de *Consid.*
(2) Serm., XII, in *Cant.*
(3) Luc., XI, 23.

Este sacrificio perpetuo y continuo que de la naturaleza exige la gracia, hace tan angosto el sendero que lleva á la vida, que hubo de decir el mismo Jesús Salvador nuestro: *Quam.... arcta via est que ducit ad vitam!* (1). Sí; el reino de los Cielos exige esfuerzos, no es cosa que se ofrece gratuitamente, sino que se ha de adquirir por la violencia. *Contendite intrare* (2). *Regnum colorum vim patitur, et violenti rapiunt illud* (3). Es menester que me esfuerce, porque sin estos esfuerzos pongo en evidente peligro la salvación de mi alma. Es absolutamente necesario.

Ahora bien, la necesidad no se discute: á su ley inexorable todo se somete y doblega: por lo que hace á las dificultades, una vez convencidos de que es menester superarlas, sirven para hacernos más resueltos y osados. Aquellas palabras de Cristo: *Porro unum est necessarium*, responden á todo. Es necesario que yo me santifique y me salve: es la única cosa necesaria en el mundo. Puedo descuidar todo lo demás, pero jamás mi salvación. Podré resignarme á ciertas desventuras, pero á la desdichada suerte de un sacerdote réprobo, eso jamás. No se trata pues, de indagar lo que cueste á un sacerdote el ser santo porque, cueste lo que cueste, es menester que yo lo sea. Lo que ha de atemorizar mi amor propio no es el pensar que deberé sacrificarme gustoso en las llamas de la caridad divina, sino el temor de ser un día forzosamente quemado vivo en el fuego eterno y sin la más mínima recompensa.

Se trata de escoger entre sufrimientos y sufrimientos; ahora bien ¿cabe acaso comparación entre los que encontraré al llevar mi cruz en pos de mi Salvador y los que están reservados para castigar con eternos suplicios mi osadía y mi pecado?

- (1) Math., VII, 14.
- (2) Luc., XIII, 24.
- (3) Math., XI, 12.

PUNTO III

Mi santificación es asunto de suma importancia

A ella dedicaré todos mis cuidados. ¿Qué empresa es la que me ha sido propuesta y qué tiempo se me ha marcado para realizarla? No hay que disimularlo: me queda todavía mucho para llegar á ser copia fiel de aquel buen Pastor que nos describe San Pablo: *irreprehensibilem.... ornatum* (1). En efecto, para ser irreprehensible debería, según San Jerónimo, estar limpio de todo vicio. *Qui vitia non habet, irreprehensibilis appellatur* (2). En esto se hace consistir la santidad negativa. Mas para estar adornado, según exige el Apóstol, es preciso estar revestido de todas las virtudes sacerdotales: *Qui virtutibus pollet, ornatus est* (3). ¿Las poseo yo? ¡Oh, qué de defectos he de arrancar, qué de pasiones he de subyugar! ¡Cuántas inclinaciones tengo que reformar antes de cumplir con la primera condición requerida al buen sacerdote! *Irreprehensibilem!* Con todo esto, no estaría más que á la mitad del camino, restándome todavía que copiar en mí el espíritu, las virtudes, la vida de Jesucristo, de quien he de ser viva imagen. Y para llevar á cabo esta obra cuya extensión no me atrevo á medir ¿qué tiempo se me concede? ¿puedo contar todavía con muchos años? ¿puedo estar seguro siquiera de un mes?.... ¡Ay de mí, comienzo hoy y quién sabe si mañana ya habrá concluido todo para mí!

¡Espantosa y funesta contradicción! Ardía en deseos de salvarme y sin embargo con ineficaces medidas y con imprudentes descuidos lo he ido dilatando hasta poner en gran riesgo mi eterno porvenir. Pero ¿por qué tanta demora en abrazar el único partido que la fe y la razón me aconsejan?.... ¡Oh Dios mío.....! ¡Yo quería santificarme, pero muy di-

- (1) I Tim., III, 2.
- (2) San Jerónimo, *Epist. ad Oceanum*.
- (3) San Jerónimo, *Epist. ad Oceanum*.

versamente de como Vos queréis! Quería hacerlo sin violentarme, sin llevar mi cruz, sin mortificar mi carne, sin refrenar mis inclinaciones culpables! Pretendía conciliar la santidad con esa vida sensual que Vos aborrecéis, con esa disimulada ambición y secreto orgullo que Vos condenáis. Mi proceder ha hecho que Vos, Verdad eterna, aparezcáis mentiroso, tergiversando vuestro Evangelio que estoy obligado á defender y sostener: os obligaba á justificar y aprobar mis pasiones mientras predicaba á los demás el exterminio de ellas. ¡Ah Señor! Después que me habéis hecho ver la deplorable ilusión en que vivía, no permitáis que recaiga en ella; y merced á vuestra gracia, sin perder ya ni un solo momento, pues demasiado tiempo he malgastado, guardaré siempre vuestra santa ley. Esta es la resolución que postrado á vuestros santísimos pies, renuevo hoy con solemne juramento: *Juravi, et statui custodire judicium justitiæ tuæ* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Mi santificación es negocio personal.* No podré llevarlo á cabo con felicidad si yo mismo no me dedico á él con ardor, puesto que es un negocio todo mío: lo que el hombre hubiere sembrado, eso recogerá; mi trabajo, por tanto, es lo que será recompensado. Aquel que me ha criado sin mí no puede salvarme sin mí. Es indudable pues, que aquí se trata de todos mis intereses. Así como hay un amor de suyo pecaminoso y prohibido, hay también otro que la religión y la razón de consuno nos encarecen y recomiendan.

PUNTO SEGUNDO.—*Mi santificación es un negocio difícil y á la vez necesario.* El sacrificio continuo que debo hacer de la naturaleza á la gracia hace tan estrecha la senda de la santificación y salvación que hubo de decir el mismo Salvador: *Quam arcta via est, et pauci sunt qui inveniunt eam!* Es preciso pues, morir completamente á sí mismo para vivir de Jesucristo. *El reino de los Cielos padece violencia.*

(1) Ps. CXVIII, 106.

Además, contra la necesidad no hay razones. Es necesario que sea santo, porque no es posible que me resigne á ser réprobo.

PUNTO TERCERO.—*Mi santificación es negocio apremiante.* Mucho tengo que trabajar para llegar á ser un sacerdote santo. ¡Cuántos defectos que desarraigar! ¡Cuántas virtudes que adquirir! Y para esto ¿cuánto tiempo se me ha concedido?... Hoy empiezo..... acaso me sea forzoso concluir mañana.

MEDITACIÓN XIV

Del uso que debe hacer el sacerdote de los medios de santificación que se le ofrecen

- I. El buen sacerdote halla en todo medios para santificarse.
- II. Es fiel y constante en aprovecharse de todos ellos.

PRIMER PRELUDIO.—Me imaginaré estar entre los discípulos de Jesucristo, cuando desde el monte predicaba las ocho bienaventuranzas y me figuraré que dirigiéndose á mí me dice: *Beati, qui esuriunt, et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Dadme, Dios mío, esa hambre y sed, ese deseo ardiente de aumentar cada día en la justicia para ser más agradable á vuestros ojos, y saciad al mismo tiempo esa hambre que en mí hubiereis suscitado.

PUNTO I

El buen sacerdote halla en todo medios para santificarse

En sus estudios, en sus ministerios, en sus pruebas y trabajos, en el desempeño de sus mismas obligaciones.

1.º *En los estudios.*—Aplicarme á la ciencia eclesiástica vale tanto como alejar de mí todas las tenta-

(1) Math., V, 6.